

Prácticas, comportamientos y representaciones: La caja de Pandora en la historia de las mentalidades

José M. Pérez de Perceval

En Francia acaba de salir a la venta el tercer volumen de *l'histoire de la vie privée*, que pronto aparecerá en castellano. El éxito de público, dentro de lo que significa el libro especializado, de esta iniciativa, y otros textos de historia como *Le grand massacre des chats*, han dado un baño de popularidad a la "nueva historia" aplicándosele, quizás con excesiva rapidez, el calificativo de "mentalidades".

Historia de la vida privada, de las actitudes y creencias, de las prácticas de la lectura, de rituales y etiquetas... Una pléyade de jóvenes historiadores ligados a los Annales, en diálogo con la antropología estructural, el marxismo o el Psicoanálisis, han lanzado el desafío de una panhistoria que extiende su mirada a todas las ciencias sociales, sin pretender constituir una filosofía de la historia. Con un pluriformismo de métodos de aproximación y una visión del tiempo no exclusivamente lineal, estudian al hombre en sus prácticas, comportamientos y representaciones a través de un discurso que abandona el esoterismo haciendo accesible el harto frecuente árido relato histórico. ¿Un remoce de la historia de las mentalidades? ¿Una inversión de sus planteamientos o una absorción de su campo de interés?

Diseño y academia

El *Diccionario de Ciencias Históricas* (1986), dirigido por André

Burguière¹, ha elegido para su sobrecubierta un xilograbado de Maurits Cornelis Escher titulado “*Relleno periódico de un plano III*”: una serie de jinetes avanzan en formaciones de fila ordenadas paralelamente. Los espacios vacíos situados entre unos y otros son ocupados por otros caballeros en igual posición sobre la montura, que se sitúan inversamente aunque, asimismo, distribuidos en filas y líneas a su vez paralelas.

Por un efecto óptico, es imposible distinguir claramente a los jinetes blancos sin obviar los negros, o a la inversa. Escher nos muestra hasta qué punto necesitamos el vacío para diseñar una visión del mundo al mismo tiempo que la posibilidad de construir a partir de esos huecos una formación nueva. La casualidad, la luz, o la posición del libro, por no aludir a determinadas inclinaciones particulares del ojo, provocan en el espectador una reacción que concede importancia a unos u a otros, antes de fijarse en la oposición, verla emergir entre los vacíos de sus oponentes y observar la pérdida de la nitidez en la figura de los otros caballeros.

Jacques Le Goff decía que la historia de las mentalidades era más que una disciplina, un método de carácter evanescente. “*El primer atractivo de la historia de las mentalidades reside justamente en su imprecisión, en su vocación para designar los residuos del análisis, los “je-ne-sais-quoi” (los quien sabe qué) de la historia*”². Para Le Goff esta vulnerabilidad, este carácter ambiguo de su plasticidad metodológica la capacita para indefinidas adaptaciones, atractivas y fecundas.

Así se encontraría apta para el estudio de un material fluido y disperso ya que, como dice Jacques Revel (1986): “*las transformaciones de los comportamientos y de las representaciones son lentas, difusas y frecuentemente contradictorias. Es una cosa excepcional que a una evolución o innovación se le pueda asignar una fecha precisa o que se esté en posición de asociarla a un acontecimiento singular*”³.

En el extremo opuesto a esta alegre fiesta de siembra y recogida de la cosecha, se sitúa el dictamen de Hervé Coutau-Bégarie⁴ sobre la estrategia e ideología de los nuevos historiadores que “*evitan tener que dar cuentas de la manera como ellos “hacen” esta historia y sobre todo ocultan la “nueva historia” en tanto que fenómeno intelectual específico*”⁵.

Un estudio de las filiaciones y miembros del grupo según las diferentes listas que dan los diccionarios⁶ puede resultar una aventura emocionante para un historiador de la historiografía contemporánea si se tienen en cuenta los presentes y los ausentes de cada una de ellas, las genealogías, las herencias, los espacios ocupados y los vacíos. Efectivamente, de los tres teóricos evocados por Le Goff⁷ en 1973 (Lucien Febvre, Georges Duby y Robert Mandrou) sólo queda incólume en el apartado de 1986.

También podríamos preguntar a los diversos personajes cuestionados si se consideran ellos mismos como "*historiadores de las mentalidades*". Roger Chartier quizás prefiera ser historiador de las prácticas culturales (en concreto, de la lectura), el propio Le Goff como historiador de lo vivido imaginario, Foucault que podría haber hecho ciertas precisiones sobre este aspecto.

Sin embargo, el triunfo evidente de la historia de las mentalidades lo demuestra en su academicismo, el propio diccionario de Burguière. Una victoria sin batalla que ha dejado un vencedor incólume sin haber desenvainado la espada. La historia de las mentalidades ha vencido por extinción y apropiación. Las grandes escuelas estructuralistas y marxista que se enfrentaron a muerte en los años setenta han dejado el campo de batalla lleno de cadáveres y arrepentidos.

A constatar divertidamente, que trás las guerras de religión, el marxismo o el estructuralismo, como en otros tiempos reforma y contrarreforma, quedan en el espacio de lo privado. Se aplican métodos, prácticas y se estudian 'casos'. Queda para la mesita de noche el Kempis de cada uno.

En otro proceso, la historia de las mentalidades ha sabido heredar o convertirse en albacea del patrimonio Foucaultiano, la línea solitaria de Philippe Ariès y Norbert Elias, los últimos ecos de Frankfurt, la iconología de Panofsky, la interpretación psicoanalítica de Michel de Certeau o, fundamental, de los Annales (revista, luego institución). El artículo "*mentalidades*" de Revel muestra el equilibrio que significa la gerencia de tan diversas aportaciones patrimoniales.

Genealogías del saber

Las filiaciones son el pecado venial de todos los grandes teóricos, no olvidemos que Carlos Marx llevaba la dialéctica entre materialismo e idealismo hasta el venerable Epicuro. Para la nueva historia, una multitud de padres parecen arropar el bebé. Hay quien remonta la mirada hasta Voltaire, Chateaubriand, Tocqueville, Guizot y Michelet⁸. Se encuentra quien la une a la reflexión teórica de entreguerras sobre el inconsciente colectivo⁹ o a una ampliación de la noción de ideología hacia una historia total. Otros, más modestamente, sitúan la nueva historia como una rama de los Annales.

Es paradójico que, cuando en la península evocamos esta nueva historia, los nombres de Georges Duby o de Le Roy Ladurie vienen automáticamente a la mente. Sin embargo, no son citados en el artículo "*mentalidades*" del Diccionario (1986), por su autor Jacques Revel. Al contrario, la aparición fugaz de Chaunu¹⁰, de Foucault, y la filiación académica que remonta a Marc Bloch y Lucien Febvre extrañarían

quizás en este artículo, por otra parte clarificador, del antiguo secretario de redacción de los Annales. Esta continuidad fue comentada por Burguière en su artículo sobre “*la notion de mentalité chez Marc Bloch et Lucien Febvre: deux conceptions, deux filiations*”¹¹. No ha habido protestas formales de otros herederos.

La aportación de Philippe Ariès, el historiador lateral e incomprendido de los Annales, es evidenciada por Roger Chartier en el prefacio a la reedición de su libro *Le temps de l'histoire*¹²: “definir la historia como una “ciencia de las estructuras” y no como “el conocimiento objetivo de los hechos”; caracterizar su proyecto como el de una historia total, organizando el conjunto de los datos históricos, los fenómenos económicos y sociales como los hechos políticos o militares; afirmar que el historiador debe “sicoanalizar” los documentos para reencontrar las “estructuras mentales” propias a cada sensibilidad, avanzar que no hay historia más que en la comparación entre “unas estructuras totales y cerradas, irreductibles las unas a las otras”: tantas proposiciones que no encontraban su sitio en 1954”. Como decía Michel Foucault, toda una serie de problemas planteados que obligan a la historia a salir de su vieja ciudadela.

Especificidad de una práctica: El estudio de “lo escrito”

El profesor Roger Chartier ha publicado durante estos años pasados *La Historia de la Edición Francesa*, cuyo último volumen aparecía en 1986. Difícil de seguir, bibliográficamente, debido a la variedad, complejidad y extensión de sus publicaciones, ha sacado a la luz en los comienzos de 1987 un resumen de sus teorías sobre la historia de las prácticas de la lectura, *Lectures et lecteurs dans la France d'Ancien Régime* y un libro colectivo sobre *Les usages de l'imprimé*¹³.

Habiéndosele encargado por el fallecido Philippe Ariès la dirección del III volumen de *Histoire de la Vie Privée (De la Renaissance aux Lumières)*, (1986)¹⁴, parte de su esquema que situa en el centro de la discusión. Ariès había llegado a una conclusión sobre los dos aspectos distintos que le planteaba el problema de la vida privada en los tiempos modernos: “Uno es el de la oposición del hombre de estado y del particular, y de las relaciones entre el dominio del Estado y lo que se convertirá, finalmente, en un espacio doméstico. El otro es el de la sociabilidad y del paso de una sociedad anónima, donde las nociones de público y privado se encuentran confundidas, a una sociabilidad manifiesta donde unos sectores diferentes aparecen: un residuo de sociabilidad anónima, un sector profesional y un sector, igualmente privado, reducido a la vida doméstica”¹⁵.

Roger Chartier cierra este esquema señalando “Los dispositivos

síquicos que aseguran el control permanente de las pulsiones, que inscriben automáticamente cada conducta en la esfera pública o privada, según su pertenencia, instalan en el interior de cada uno las disciplinas exigidas por la norma social, transformando así las coacciones impuestas desde el exterior, por las autoridades o la comunidad, en una red cerrada de autocontroles”¹⁶. Así, analiza, junto a esta esfera privada, resultado directo de la consolidación del estado moderno como señalaba Norbert Elias¹⁷, la emergencia de una esfera pública estudiada por Jürgen Habermas¹⁸ como el uso público de la razón por las personas privadas.

Formación de la noción de estado y reforma religiosa tiñen el tejido social de la primera modernidad pero, “el desarrollo del estado moderno como el de una religión más individual reposan sobre una misma condición: Una mayor familiaridad con lo escrito... Los progresos de la aptitud para leer no importan, pues, solamente porque autoricen a un mayor número, unas nuevas prácticas solitarias, familiares o conviviales sino, sobre todo, porque ellos canalizan las evoluciones mayores, políticas y religiosas, que en el Occidente de los siglos XVI a XVIII han redefinido, al lado o en el interior de los espacios públicos, una esfera de existencia considerada como privada”¹⁹.

“Leído en silencio (al menos por las élites), cada vez poseído por más individuos y en mayor número, inscrito en el centro de la sociabilidad y de la experiencia individual (al menos en los países protestantes), el libro se convierte así en el compañero privilegiado de una intimidad inédita”²⁰. “El desarrollo de la alfabetización y la difusión de la lectura, por retomar los mismos términos expresados por Philippe Ariès, son, con ciertas diferencias y desviaciones, uno de los hechos mayores que contribuyen a modificar la idea que el hombre de Occidente se hace de si mismo y su relación con los otros”²¹.

Las reacciones a este proceso son múltiples y contradictorias. “Dos motivos constituyen una pareja fundamental: aquel que presta a lo popular un rechazo de la cultura escrita, percibida como un instrumento de dominación que desgarra el tejido de la comunidad, y aquel que hace rechazar por los letrados la apropiación vulgar del saber reservado, es decir, de las claves que lo harían accesible. En la evidencia contra esta doble representación se ha operado la entrada en la escritura de las sociedades occidentales”²². Por el contrario, en la “sociabilidad de la convivialidad, intimidad familiar y doméstica, retiro individual: tales son las tres esferas de existencia de los hombres de Occidente donde el libro, y sus lecturas, ocupan un lugar de importancia”²³.

Las prácticas efectuadas sobre lo escrito no se limitan a la producción del texto en sí, incluidas dentro del conjunto inmenso y multiforme de las prácticas de la lectura, de sus indicaciones, transcripciones y representaciones iconológicas, prácticas a su vez necesitadas de un aná-

lisis de los índices de alfabetización (cuantitativo) y donde señala Roger Chartier una neta desconfianza hacia la firma como indicador certero del uso. “*Se trata pues, sobre este terreno también, de reconocer el emmarañamiento de estas prácticas sin, por ello, perder de vista que a través de esta abigarrada composición se ponen en funcionamiento una serie de nuevos modelos de comportamiento, de nuevas conductas culturales, características del proceso de privatización de la primera modernidad”*²⁴.

“*Estas diferenciaciones múltiples en el acceso a lo escrito crean indudablemente fuertes separaciones en el proceso de privatización que caracteriza los tres siglos de la Edad Moderna. El desarrollo (desigual) de la alfabetización las produce, en efecto, de diversas maneras. Saber leer es, en primer lugar, la condición obligada para que puedan aparecer unas prácticas nuevas, constitutivas de la intimidad individual. La relación directa con el texto leído o escrito libera unas mediaciones antiguas, sustrae a los controles del grupo, autoriza el repliegue sobre el yo. Por otra parte, la conquista de la lectura solitaria ha hecho posibles las nuevas devociones que modifican radicalmente las relaciones del hombre con la divinidad. Pero, saber leer y escribir permite, también, nuevos modos de relación con los otros, y con el poder público. Su difusión esboza unas sociabilidades inéditas al mismo tiempo que subtiende a la construcción del estado moderno que apoya sobre lo escrito su nueva manera de expresar la justicia y reglamentar la sociedad. De la mayor o menor familiaridad con lo escrito depende pues una mayor o menor emancipación frente a las formas tradicionales de existencia que ligan estrechamente el individuo con su comunidad, que lo sumergen en un colectivo próximo, que lo vuelven dependiente de mediadores obligados, intérpretes de la palabra divina o de los mandatos del soberano”*

Una mujer se muestra indolentemente en su gabinete después de la lectura de una novela a la moda, un hombre discute en voz alta el periódico en la plaza, un padre de familia lee la Biblia en su hogar, un gentilhombre elige como fondo ideal de su retrato la imponente biblioteca que lo enorgullece. En el texto del profesor Chartier, lo particular es un microcosmos donde se articulan las reflexiones y actuaciones de las nuevas prácticas. Sus ‘casos’ se encuentran alejados de los ‘exempla’, son un lugar para la discusión y no un adorno de la teoría dogmatizadora.

La escritura, la lectura, representan un modo de control, una nueva diferenciación que se conforma con la primera modernidad y, a través de la cual, se expresan prácticas cotidianas y luchas políticas, se definen nuevas nociones como las de ‘público’ que se opondrá a ‘pueblo’ y ‘popular’, se articulan formas de sociabilidad que son puntos de encuentro de los nuevos mediadores del poder.

“La representación del rango por la forma”²⁵ obliga a la separación de los cuerpos al mismo tiempo que autoriza y determina una expresividad de lo privado que deja de ser un asunto particular para atenerse a la norma. *“Como si la definición de una esfera de existencia sustraída a la ley del principio o a la mirada de los otros autorizara, al mismo tiempo, su posible fractura, su posible confesión”²⁶*: Aparición de la literatura íntima, erótica, del buen gusto y el refinamiento, de una certitud de superioridad vivida privatamente. ¿Privado liberador o privatización que encierra y controla al individuo en su espacio íntimo?”

Jacques Revel señala que *“esta transformación de las sensibilidades y de las prácticas es más compleja aún. A lo largo de la Edad Moderna, ésta recubre de hecho una evolución doble y contradictoria. De una parte, los procedimientos de control social se hacen más pesados; a través de las formas educativas, la gestión de las almas y la de los cuerpos, se encierra al individuo en una red de vigilancia cada vez más estrecha. Por otra parte, se constituyen detrás de la vida colectiva unos espacios protegidos que son objeto de una valorización nueva y cuyo primer representante es el hogar familiar. Se puede, evidentemente, comprender estas dos historias opuestas como las dos caras inseparables de un mismo proceso que, en un tiempo de larga duración, conduce a una reorganización en profundidad de las formas de experiencia social... Pues es la interiorización individual de la regla la que le da a ésta su mayor eficacia. La coacción colectiva se convierte así en el objeto de una gestión personal y privada”²⁷*. Haciendo referencia a la reclusión en general podemos decir que en España en la Epoca moderna, hay una yuxtaposición de sistemas antiguos y modernos de la misma manera que al considerar la reclusión en un sentido más estricto hemos visto que había sistemas paralelos²⁸.

Estructura, coyuntura y acontecimiento²⁹

Como la historia filosófica de la historia, la del tiempo es, también, un análisis estratigráfico, estudio de un corte hecho a través del espesor temporal de su objeto³⁰. Veremos, pues, como la nueva historia aborda estos diversos tiempos: el de la larga duración de la estructura, el tiempo corto de la coyuntura o el inmediato del acontecimiento.

La histoire de la famille (1986), de André Burguière³¹ es un análisis sobre un fenómeno de larga duración. Jean-Louis Flandrin se encuentra preparando una monumental *Historia del gusto en Occidente*: En la historia de la Edad Moderna, las buenas maneras en la mesa, el refinamiento, la depuración y valorización del paladar significan la distinción por el gusto y, por lo tanto, toda una serie de prácticas nuevas,

de diferenciaciones y autocontroles, de representaciones y relaciones. Los utensilios revelan la higiene y la individualidad que se instaura en torno de la mesa. Jean Louis Flandrin analiza, en *l'histoire de la vie privée*³², las transformaciones del gusto alimentario y el lugar del gusto en las relaciones sociales de esta época.

*"Queda por saber si la noción de buen gusto —o la del mal gusto que es su reverso— ha nacido primero en el dominio alimentario o en el dominio artístico y literario. Lo que resulta seguro, es que no existía ni en uno ni en otro a comienzos del siglo XVII"*³³. En este estudio que roza la "longue durée", J.L. Flandrin señala como "La edad Media ha puesto en marcha la corteza, que ha subsistido en las épocas siguientes bajo los términos de "civildad" (nota), "urbanidad", "educación" ('politesse'); el Renacimiento ha insistido sobre el 'buen decir' (bien-dire), que no ha cesado de ser retomado desde entonces; y el siglo XVII ha inventado el buen gusto"³⁴. Lugar de comunicación de las diversas clases que componen las élites, efecto del abandono de los antiguos poderes políticos y militares, "el buen gusto es también la primera virtud social que, en el cuadro de la vida mundana, se refiere tanto a la interioridad de los individuos como a su apariencia". La educación y la conversación reclaman un 'otro', el buen gusto se relaciona en primer lugar con 'las cosas'.

Pero, el estudio de este tiempo largo no nos puede hacer olvidar la coyuntura, la imbricación en un momento concreto de mecanismos y actuaciones produciendo, a través de sus expresiones políticas, nuevos marcos de la relación social. Un ejemplo lo tenemos en el libro sobre *Représentation et vouloir politiques autour des Etats-Généraux de 1614*, dirigido por Roger Chartier y Denis Richet³⁵. El estudio de los cuadernos de quejas presentados a los estados, de las cartas de convocatoria, de los panfletos y actas de sesiones, permite definir el lenguaje político que canaliza, altera, deforma o concreta expresiones y deseos.

El análisis de otras convocatorias, como la de 1484, 1576 o 1789, en su repetición y diferencia respecto al centro elegido, o la estructuración argumental de la polémica política que se desarrolla entre 1612 y 1615, apuntan a un doble objetivo: observar la censura que representa el acontecimiento de 1614 al mismo tiempo que la matriz de un lenguaje político en construcción, a través de lo que Denis Richet llama "fabricantes de opinión"³⁶.

Un acontecimiento también puede constituir el motivo para el análisis, para el estudio particular o revelador de esos pequeños "gritos" de la historia. Una masacre de gatos en la rue de Saint-Severin da nombre al libro de Robert Darnton sobre las actitudes y creencias de Francia en el Antiguo Régimen. *Le grand massacre des chats*³⁷ rechaza la cultura con mayúsculas para describir no solamente lo que los indivi-

duos piensan sino cómo lo piensan —la manera en que ellos conciben el mundo, interpretándolo y enriqueciéndolo de sentidos y emociones.

Un cuento popular, una broma cruel, una procesión cívica, un artículo de la Enciclopedia³⁸, un expediente policial, un correo de lectores, las ‘catas’ de Robert Darnton se expresan en un lenguaje crítico lleno de sugerencias e imágenes. La aventura del explorador-historiador no excluye el bagaje científico del que se extrae un instrumental adecuado a cada caso, generalmente antropológico; pero, tampoco se desestima el relato para sentir la humanidad más allá de los cotos alambrados de la erudición.

Rebelándose contra la imposición previa de un esquema, un código, al que adaptar posteriormente los hechos, Robert Darnton nos dice que “*nosotros no encontramos nunca el código en tanto que tal. No disponemos más que de textos; y al tratar de interpretarlos, partimos de la convicción de que las reglas generales de una cultura están inscritas implícitamente en los documentos que ella ha dejado*”. Así, “*captar la farsa en un hecho tan poco cómico como una masacre ritual de gatos puede ser un primer paso hacia la comprensión de todo un sistema cultural*”.

Es difícil y apasionante aprehender estos retazos, expresiones, pequeños “gritos” que se dejan entrever a través de la montaña de papeles oficiales, académicos, codificados. Arlette Farge, que trabajó el mundo familiar y su desorden junto a Michel Foucault mediante el análisis de *Les lettres de cachet des archives de la Bastille*, ha seguido a través de las calles de París³⁹ la creación de unos espacios intermedios en el proceso de privatización de la primera modernidad (nota).

Lo privado no se impone sino tras una larga lucha contra la costumbre⁴⁰ que altera y la familia⁴¹ que disuelve, favorecido por la construcción del estado en sus formas modernas. Arlette Farge intenta delimitar esos espacios que, como el patio de vecinos, la calle o el taller, representan elementos que alteran esta evolución, donde lo privado se defenderá a través del ‘honor’ y ‘el secreto’, apelando a una autoridad superior cada vez más omnipresente, la del ojo del estado. El estudio de Arlette Farge recoge esos pequeños conflictos: ‘*los robos pecunarios, de pañuelos, de tabaqueras, de relojes, son muy frecuentes en los pisos y habitaciones de alquiler. Las denuncias delante del comisario (París tiene cuarenta y ocho comisarías) describen el espacio correspondiente a cada uno y retratan la manera como se ordenan los asuntos personales en estos dormitorios colectivos*’. El barrio y los vecinos son desnudados por este archivo que los interpreta, los describe y los va desarmando de su posible poder comunitario sobre el honor de las familias, afirmando el derecho del individuo a la privatización, a la relación directa con el poder.

La nueva historia frente al abismo: Necesidad y peligro de la conceptualización

"La transformación de la archivística es el punto de partida de una nueva historia". Si hacer la historia es una práctica más, el análisis de lo escrito es la clave de su funcionamiento. La historia no se expresa sólo a partir de los textos, pero fundamentalmente a través de ellos. La historiografía no conoce otro medio de hacerlo, aunque luego determine cómo "saber" las imágenes, iconologías, que el arte, la urbanística o la modificación del paisaje pueden transmitirnos. La operación histórica es fundamentalmente un asunto escrito.

Ya sea mediante círculos concéntricos a partir de una atalaya original como la que constituye el punto de observación de Roger Chartier, ya sea por medio de expediciones arriesgadas y gratificantes, se construye un diseño fluctuante, en perpetua relación, de práctica concreta y conceptualización. El temor a caer en la red de las pesadas construcciones que terminaban imponiéndose como una cama de Procrusto, provoca una cierta desconfianza en los rígidos sistemas marxista y estructuralista, prefiriendo el diálogo, la contrastación de diversos esquemas conceptuales, la utilización de diagramas concretos aplicados al momento y lugar concreto que se estudia.

Esta "*ambigua*" posición da una heterogeneidad de prácticas diversas con una homogeneidad aparente de los investigadores. Es necesario que, detrás de las fórmulas de cortesía y los educados circunloquios para evitar la confrontación, surja la polémica. Las diferencias son evidentes y golpean por su clarividencia tras los planteamientos divergentes. Y no sólo se trata, aunque también, de una diferencia generacional entre los viejos maestros de las mentalidades y los jóvenes cachorros que han asumido el reto foucaultiano y capeado los temporales althusierianos.

De momento, la calma reina en la Academia. La razón puede deberse a un doble efecto combinado: por una parte, un sano abandono de las posiciones del intelectual sacerdote, asumiendo con humildad la condición humana perecedera. Ni un criticismo kantiano ni una mediación especial con el espíritu del logos hegeliano. Por otra, el efecto general de la crisis que afecta a la clase intelectual, como a todas, tiendiendo al consenso.

Junto a esto, se observa la poderosa atención que reclama la situación francesa y hacia la que vuelven sus miradas los historiadores frente al cosmopolitismo de las dos decenias anteriores. La última evolución del interés de Braudel era, como siempre, intuitivamente cierta. Una demostración clara es la reflexión colectiva organizada en torno de *Les lieux de Mémoire*⁴², y nos acercamos hacia la fecha 'topos' de 1789, ojo del huracán.

A pesar de la opinión optimista de Michel de Certeau⁴³, España tiene un papel muy reducido en el panorama de la nueva historia, aunque sea citada tangencialmente repetidas veces, y se cuente con un excelente y muy elogioso apartado “*Espagne*” en el *Dictionnaire des Sciences Historiques*, redactado por el profesor Bernard Vincent⁴⁴. El interés demostrado por Roger Chartier en sus estudios de la práctica de la lectura por la *Celestina*, Cervantes, o los pliegos de cordel, y por tanto los trabajos de Caro Baroja; la atención mediterránea del seminario de Jacques Revel por ciertos estudios como los de Ricardo García Cárcel; el coloquio de Barcelona, noviembre de 1985, sobre la historia de las mentalidades con la participación de Jean Louis Flandrin, Jacques Chiffolleau, Jacques Revel, Michel Vovelle y Bernard Vicent; o la participación en el coloquio organizado en 1986 por el Centro Pompidou de Fernando Savater, son tímidos lazos entre la nueva historia y la península.

La posición expresada por Le Goff en *La Nouvelle Histoire*, dispuesta en tres alternativas, dejaba el futuro de la nueva historia⁴⁵ de la siguiente forma:

“—O bien la historia, prosiguiendo su cerco de las otras ciencias humanas, las absorbe en una pan-historia, ciencia global del hombre, de los hombres en el tiempo.

—O bien una fusión se hace entre las tres ciencias sociales más próximas: historia, antropología y sociología. A esta eventual nueva ciencia, Paul Veyne daría nombre seguramente de “historia sociológica”, yo preferiría llamarla “antropología histórica”.

—O bien, cesando de carecer de fronteras y de ‘flirtear’ con todas las otras ciencias del hombre, la historia se parapetaría sobre un nuevo territorio operando una nueva “ruptura epistemológica”. Pienso que Michel Vovelle, tal como se expresa aquí⁴⁶ iría a buscarla seguramente en el sentido de “una nueva dialéctica del tiempo corto y el tiempo largo”.

En todo caso, y esperemoslo así, que la ciencia histórica pueda evitar mejor desde ahora las tentaciones de la filosofía de la historia, renuncie a la seducción de la mayúscula —la historia con una gran H— y se defina mejor en relación a la historia vivida de los hombres”.

La profecía de Le Goff sigue en pie, aunque las tendencias de esta explosión de ‘intereses históricos’ apunte en dirección a la primera tendencia⁴⁷, sin obviar las sugerencias expresadas por Paul Veyne y Michel Vovelle, ni por supuesto haber eliminado las tentaciones de una historia teleológica o un renacimiento de la filosofía de los ‘universales’.

Pandoras y Prometeos

La nueva historia, al extender el campo de acción y la pluriformidad de métodos, puede parecer que abre una caja de Pandora. Su propósito, más bien, es recrear en su arca una serie de diálogos.

Partiendo de los Annales (escuela) ni olvida lo social ni lo cuantitativo, teniendo en cuenta esta dialéctica de la repetición y la diferencia, y no deja de lado el caso ‘particular’ aunque evita cuidadosamente lo ‘individual’. El enmarque de este cañamazo arquitectónico se hace a través de diagramas de conceptualización flexible adaptables a cada caso como resultado del diálogo práctica-teoría de la antropología estructural.

Al mismo tiempo, se asume la situación concreta del propio historiador como ‘ente social’ (Althusser)⁴⁸ en un ‘lugar’ (Michel de Certeau)⁴⁹ produciendo un ‘discurso’ (Foucault)⁵⁰. El texto resultante no es, evidentemente, la realidad, ni trata de ella, sino de sus manifestaciones, de sus imaginarios (Le Goff) que incluyen la ciencia histórica dentro del ‘saber’ como una arqueología (Foucault) de los comportamientos y actitudes. La inclusión dentro del entrelazamiento de las prácticas sociales del ‘querer’ (Chartier) introduce la práctica política evitando los universales.

Lo fundamental a la hora de definir el límite de la nueva historia es la declaración de Febvre: “*La única historia que se puede vivir es la presente*”. Existe, efectivamente, otro campo productor de discursos que nos traslada a 1492, 1640 o 1789, que se sirve de la historia-disciplina para cargar su texto de notas de autenticidad. Este campo seguirá existiendo, renovándose continuamente y contando “*historias*”, funcionará como una práctica de gran incidencia en acontecimientos culturales o comportamientos sociales y, por tanto, objeto de análisis por parte del historiador (éxito de la novela histórica, retorno galopante de las biografías, autobiografías, memorias...).

Ese campo es el de la literatura que pretende, y consigue, hacer ‘vivir’ la historia. A veces, esa ha sido la tentación estética de ciertos historiadores de las mentalidades atacados del orgullo del ángel de la luz. Pero estos Prometeos han perdido el contacto con el Olimpo deseosos benevolamente de llevar el fuego a los humanos para entrar en el mito y la leyenda. Su atribución proclamada de historiadores no es más que una nota de autenticidad más en sus textos literarios.

Jacques Le Goff advertía, sobre las ‘trampas’ en que puede caer la Caperucita de la nueva historia, en el prólogo al libro de François de Medeiros *L'Occident et l'Afrique*⁵¹: “*Si los fenómenos de lo imaginario son claramente unas “realidades” históricas, estas “realidades” han sido confrontadas en la historia y deben serlo en el trabajo de los historiadores a otras “realidades” — aquellas a las cuales se reservaba tra-*

dicionalmente el término de realidad. Con demasiada frecuencia los aprendices de brujo de la historia de lo imaginario encierran hoy la historia en este universo de fantasmas, disuelven las antiguas "realidades" vivamente en el nuevo universo tentacular de las "representaciones". Nos encontramos en general felizmente desembarazados de la montaña de lectura esterilizante "infraestructura-superestructura", pero es necesario establecer un verdadero pluralismo y buscar una disposición adecuada de las estructuras ligadas aunque no jerarquizadas, dentro de las realidades históricas extendidas al mundo de lo simbólico, lo imaginario y lo ideológico".

Todas las citas que se dan en este artículo son traducción del autor del mismo, por tanto cualquier fallo o cambio de sentido sean atribuidos a su descuido y falta de pericia.

¹ Burguière, André, *Dictionnaire des sciences historiques*, con la colaboración de 92 investigadores, París, Presses Universitaires de France (P.U.F.), 1986.

² P. 106 del artículo de Le Goff, Jacques, "Les mentalités. Une histoire ambiguë", pp. 106-129 de Le Goff, Jacques y Nora, Pierre, *Faire de l'histoire*, Tres volúmenes con la participación de Michel de Certeau, François Furet, Paul Veyne, André Leroi-Gourhan, Henri Moniot, Nathan Wachtel, Georges Duby, Pierre Vilar, Alain Schnapp, Jean Bouvier, Pierre Chaunu, André Burguiere, Alphonse Dupront, Dominique Julia, Jean Starobinski, Henri Zerner, Michel Serres, Jacques Julliard, Emmanuel Le Roy Ladurie, Alain Besançon, Marcel Detienne, Jean-Claude Chevalier, Pierre Vidal-Naquet, Roger Chartier, Daniel Roche, Jean-Pierre Peter, Jacques Revel, Jean Paul Aron, Jacques Ozouf, Marc Ferro y Mona Ozouf, París, Gallimard, 1974.

³ Artículo "mentalidades" en el *Dictionnaire des sciences historiques*, op. cit., 450-456.

⁴ En este sentido podemos citar a Le Roy Ladurie, *Le territoire de l'historien*, París, II volúmenes, Gallimard, 1973-1978. Duby, Georges, "Histoire des mentalités" en *L'histoire et ses méthodes*, París, Gallimard, 1961, así como el artículo de Robert Mandrou "L'histoire des mentalités" en la *Encyclopédia Universalis*, octavo volumen, París, 1968. Dentro de la heterodoxia, gran parte asumida, los libros de Chesneaux, J., *Du passé faisons table rase?*, París, Maspero, 1976, y Veyne, Paul, *Comment on écrit l'histoire. Essai d'epistemología*, París, Seuil, 1971, y el compendio que realizaron Le Goff, Jacques, Chartier, Roger y Revel, Jacques, *La Nouvelle Histoire*, con la participación de Philippe Ariès, Guy Bois, André Burguière, Jean Lacouture, Jean-Mari Pesez, Evelyne Patlagean, Krzystof Pomian, Jean-Claude Schmitt y Michel Vovelle. En *Les encyclopédies du savoir moderne*, París, 1978. Véase también el artículo de Roger Chartier, "Histoire intelectuelle et histoire des mentalités, trajectoires et questions" (1983).

⁵ La cita completa de la p. 15, de Coutau-Bègarie, Hervé, *Le Phénomène "Nouvelle Histoire". Stratégie et idéologie des nouveaux historiens*, París, Econó-

mica, 1983, es: "los nuevos historiadores han multiplicado durante estos últimos años los manifiestos y los balances. Se piensa principalmente en las colecciones de artículos de Emmanuel Le Roy Ladurie (*Le territoire de l'historien*) (1978) y de Pierre Chaunu (*Histoire quantitative, histoire serielle*) y sobre todo a las dos obras colectivas *Faire de l'histoire* y *la Nouvelle histoire*. Pero ninguno de estos libros se caracteriza por una perspectiva crítica exageradamente desarrollada –es comprensible– y sobre todo, todos presentan la nueva historia desde el interior, colocándose en un punto estrictamente historiográfico: no se interesan más que por el "producto", sin preguntarse cómo ha sido fabricado. Actitud normal, incluso si un espíritu amargo puede señalar que es curioso ver a los campeones de la interdisciplinariedad rechazando salir del cuadro estricto de su disciplina. Pero, comportándose así, evitan tener que dar cuenta de la manera como ellos "hacen" esta historia y sobre todo ocultan la "nueva historia" en tanto que fenómeno intelectual específico".

⁶ Las obras citadas de Emmanuel Le Roij Ladurie, Jacques Le Goff, Georges Duby, Pierre Chaunu, Robert Mandrou... La lista de 1978, dada por Philippe Ariès incluía a Norbert Elias como piedra fundatrix, Le Goff, Duby y Mandrou, en el artículo "L'histoire des mentalités", pp. 402-423, de *L'histoire nouvelle*, op. cit. Por su parte, Jacques Le Goff señalaba, p. 233, a Michel Voelle, Ariès, Chaunu, "Después de la muerte de Lucien Febvre, muchos historiadores, siguiendo su estela, se esfuerzan en practicar y definir la nueva historia de las mentalidades. Georges Duby, Robert Mandrou y Jacques Le Goff, Philippe Ariès y Roger Chartier explicitan en este diccionario la importancia esencial de este dominio para la historia nueva reciente".

⁷ *La Nouvelle Histoire*, op. cit. p. 233.

⁸ Ibid, p. 22-223.

⁹ Frente a este tendencia sicoanalítica, Philippe Ariès se preguntaba: "¿una llamada del inconsciente colectivo? ¿Pero qué es el inconsciente colectivo? Sin duda valdría mejor titularlo de no-consciente colectivo. Colectivo: común a toda una sociedad en un cierto momento. No-consciente: mal o en absoluto percibido por los contemporáneos, porque siendo así, haciendo parte de los datos inmutables de la naturaleza, ideas recibidas o en el aire, lugares comunes, códigos de conveniencia y de moral, conformismos o prohibiciones, expresiones admitidas, impuestas o excluidas de los sentimientos y de los fantasmas. Los historiadores hablan de "estructuras mentales", de "visión del mundo", para designar los trazos coherentes y rigurosos de una totalidad síquica que se impone a los contemporáneos sin que ellos lo sepan. Podría ser que los hombres de hoy se encuentren en la necesidad de hacer emerger a la superficie de la conciencia los sentimientos antaño escondidos en una memoria colectiva profunda. Investigación subterránea de sabidurías anónimas; no sabiduría o verdad intemporal, sino saberes empíricos que rigen las relaciones familiares de las colectividades humanas con cada individuo, la naturaleza, la vida, la muerte, Dios y el más allá", pp. 422-423 de *La Nouvelle histoire*, op. cit.

¹⁰ Sobre el marginalismo de Pierre Chaunu, ver *Le Phenomene "Nouvelle histoire"*, op. cit., p. 317.

¹¹ Burguière, André, "La notion de mentalité chez Marc Bloch et Lucien Febvre: deux conceptions, deux filiations", *Revue de Synthèse*, 1983, pp. 333-348.

- ¹² Prefacio de Roger Chartier al libro de Ariès, Philippe, *Le temps de l'histoire*, (1a. ed. 1954), París, Seuil, 1986, pp. 17-18.
- ¹³ Chartier, Roger, *Lectures et lecteurs dans la France d'Ancien Régime*, París, Seuil, 1987 y *Les usages de l'imprimé*, dirigida por Roger Chartier con la colaboración de Alain Boureau, Marie-Elisabeth Ducreux, Christian Jouhaud, Paul Saenger y Catherine Velay-Valentin.
- ¹⁴ Chartier, Roger, *Histoire de la vie privée* (De la Renaissance aux Lumières), Volumen III de la colección dirigida por Philippe Ariès y Georges Duby. Este tomo cuenta con la participación de Maurice Aymard, Nicole Castan, Yves Castan, Alain Collomp, Daniel Fabre, Arlette Garge, Jean-Louis Flandrin, Madeleine Foisil, Jacques Gélis, Jean-Marie Goulemot, François Lebrun, Orest Ranum y Jacques Revel, París, Seuil, 1986.
- ¹⁵ Ibid, pp. 18-19.
- ¹⁶ Ibid, p. 16.
- ¹⁷ Elias Norbert, *La société de cour*, París, Flammarion, reed. 1984. En traducciones al francés se encuentra también del mismo autor, *La civilisation des moeurs*, París, Calmann-Lévy, 1973, y *La Dynamique de l'Occident*, París, Calmann-Lévy, 1975.
- ¹⁸ En traducción francesa, Habermas, Jürgen, *L'Espace public. Archéologie de la publicité comme dimension constitutive de la société bourgeoise*, París, Payot, 1978.
- ¹⁹ *La vie privée*, op. cit., p. 25.
- ²⁰ Ibid. p. 135.
- ²¹ Ibid. p. 122.
- ²² Ibid. p. 135.
- ²³ Ibid. p. 155.
- ²⁴ Ibid. p. 113.
- ²⁵ Ibid. p. 165.
- ²⁶ Ibid. p. 167.
- ²⁷ Ibid, Revel, Jacques, "les usages de la civilité", p. 170.
- ²⁸ Vincent, Bernard, "Per una historia del tancament", Barcelona, *L'Avenç*, 1987.
- ²⁹ Siguiendo la clasificación de Pomian, Krzysztof, p. 552 del artículo "l'histoire des structures" en *La Nouvelle Histoire*, op. cit., pp. 528-553.
- ³⁰ Pomian, Krzysztof, *L'Ordre du temps*, París, Gallimard, 1984, p. 14.
- ³¹ Burguière, André, *Histoire de la famille*, dos volúmenes, París Armand Collin, 1986.
- ³² Flandrin, Jean-Louis, "La distinction par le goût", pp. 267-309, en *La vie privée*, op. cit.
- ³³ Ibid, p. 301.
- ³⁴ Ibid, p. 308.
- ³⁵ Chartier, Roger, y Richet, Denis, *Représentation vouloir politiques autour des Etats-Généraux de 1614*, éditions de l'Ecole des Hautes Etudes en Scien-

- ces Sociales, París, 1982.
- ³⁶ Ibid, p. 189 del artículo de Richet, Denis, "La polémique politique de 1612 à 1615", pp. 151-194.
- ³⁷ Darnton, Robert, *Le grand massacre des chats* (attitudes et croyances dans l'ancienne France), París, Robert Laffont, 1985 (reditado en 1986).
- ³⁸ Ver el libro de Darnton, Robert, luces
- ³⁹ Farge, Arlette y Foucault, Michel, *Le Désordre des familles. Lettres de cachet des Archives de la Bastille*, París, Gallimard, Julliard, 1982, Artículo de Arlette Farge en *La Vie privée*, "Familles, L'honneur et le secret", pp. 581-617.
- ⁴⁰ Fabre, Daniel, "Familles, Le privé contre la coutume", en *La vie privée*, op. cit., pp. 543-579.
- ⁴¹ Collomp, Alain, "Familles, Habitations et cohabitations", en *La vie privée*, op. cit., pp. 501-541. Vease también el artículo de Chartier, Roger, "La ville dominante et soumise", en *Histoire de la France Urbaine*, tomo II, París, Seuil, 1981.
- ⁴² La colección "Les lieux de mémoire", después de *La République*, ha publicado bajo la dirección de Pierre Nora, *La Nation*, en tres volúmenes con la participación de J-P Babelon, C. Beaune, F. Bercé, J-C. Bonnet, F. Cachin, J. Carrión, C. Charle, A. Chastel, P. Contamine, G. Duby, A. Fermigier, B. Foucart, M. Fumaroli, TW. Gaehtgens, M. Gauchet, B. Guenée, J-Y. Guiomar, J. Hargrove, H. Himelfarb, H. Le Bras, A-M Lecoq, J. Le Goff, E. Le Roy Ladurie, J-M. Mayeur, D. Milo, O. Nora, D. Nordman, K. Pomian, E. Pommier, D. Poulot, A. Prost, G. de Puymège, A. Rey, J-P Rioux, M. Roncayolo, J-F. Sinielli, J. Starobinski, L. Theis, J. Tulard, C. Vivanti y E. Weber, París, Gallimard, 1986.
- ⁴³ Quizás nos encontraremos con el diagnóstico de Michel de Certeau comentando la visión de Glénisson, "hay que señalar también los intereses demasiado exclusivamente nacionales de una historiografía replegada sobre disputas internas (se pelea contra Seignobos o a favor de Febvre), circunscrita por el chauvinismo lingüístico de la lengua francesa, privilegiando las expediciones en las regiones más próximas de la referencia latina (el mundo mediterráneo, España, Italia o América latina), limitada además en sus medios financieros..." (p. 27), Certeau pedía con palabras de Jürgen Habermas "una repolitización de las ciencias humanas".
- ⁴⁴ Vincent, Bernard, "Espagne", en *Dictionnaire des Sciences Historiques*, op. cit. pp. 259-267. Ver el artículo de Vincent, Bernard, "La guerra como fenómeno de civilización", en *Historia Universal. Europa siglos XVI-XVIII*, volumen VI dirigido por Michel Vovelle, Barcelona, Salvat, 1980, pp. 62-69.
- ⁴⁵ Le Goff, *La Nouvelle Histoire*, op. cit., pp. 240-241.
- ⁴⁶ Vovelle, Michel, *La nouvelle histoire*, op. cit., p. 316.
- ⁴⁷ La opinión de Hervé Coutau-Begarie en *Le Phénomene "Nouvelle histoire"*, op. cit. p. 320: "Incluso si los próximos años no parecen llamados a conocer grandes convulsiones, por primera vez la nueva historia se encuentra puesta en cuestión. La rehabilitación del relato, del acontecimiento y de la política ha comenzado. Ello entraña evidentemente la puesta en cuestión de algunas elecciones ideológicas y de su traducción en paradigmas "científicos". El levantamiento de las prohibiciones, viejas de cincuenta años es el precio a pagar para

que los nuevos historiadores queden como el motor de la innovación histórica. A ellos les corresponde decidir si la revolución científica de la que la historia tiene necesidad hoy se hará con ellos o contra ellos”.

⁴⁸ Decía Michel Vovelle en *Idéologies et mentalités*, París, Maspero, 1982, p. 261, que “en mi opinión, es necesario contemplarla como el medio de un enfoque profundizado del entrelazamiento de los tiempos de la historia en el sentido como Althusser utilizaba el término, en el cuadro de este “todo sobre-determinante” que es el modo de producción; y en este cuadro que se puede llegar, me parece, a una aproximación afinada de la noción de mentalidades colectivas, si se logra romper el círculo encantado de las nociones adquiridas hoy y su facilidad verbal: “fuerza de inercia de las estructuras mentales”, “inconsciente colectivo”, tantos datos que pueden ser operarios hoy, pero que no dispensarían largo tiempo de una análisis en profundidad”. Por su parte, Michel de Certeau expresaba que “En el marxismo como en el freudismo, no existe un análisis que no sea integralmente dependiente de la relación creada por una relación social o por una relación analítica” (Certeau, op. cit. p. 36).

⁴⁹ Estos mecanismos se expresarán a través de las instituciones del saber, de las que no se salva la historiografía, como señalaba Michel de Certeau (1974) (p. 25) al definir la llamada “despolitización” de los sabios: “es necesario entender por esta no un exilio fuera de la sociedad, sino la fundación de un “cuerpo” en su interior donde unas instituciones “políticas”, eruditas y “eclesiásticas” se especializan reciprocamente; no una ausencia, sino un lugar particular en una redistribución del espacio social. Sobre el modo de una retirada relativa de los “asuntos públicos” y de los “asuntos religiosos” (que asimismo se organizan en cuerpos particulares), un lugar científico se constituye. La ruptura que hace posible la unidad social llamada a convertirse en “la ciencia” indica toda una reclasificación global que se encuentra en preparación”.

⁵⁰ La interpretación de Deleuze sobre Foucault, paulina sin necesidad de camino de Damasco, aleja al pensador de la historia en favor de un vitalismo que nos acerca más al ‘rizoma’ que al ‘panóptico’. Véase Deleuze, Gilles, *Foucault*, París, Les éditions de minuit, 1986.

⁵¹ P. 6 del prólogo de Jacques Le Goff al libro de Medeiros, François de, *L'Occident et l'Afrique (XIIIe-XVe siècle)*, París, Khartala, Centre de Recherches Africaines, Menil Foundation, 1985. Decía Michel de Certeau que “La producción histórica se encuentra dividida entre la obra literaria de quien “hace autoridad” y esoterismo científico de quien “hace la investigación”. *Faire de l'histoire*, op. cit., p. 31.

JOSÉ M. PÉREZ DE PERCEVAL
Historiador

D. JOSEPHI
FINESTRES
ET DE MONSALVO,
BARCINONENSIS JC^{II}
ET IN PHILIPPICO CERVARIENSI ATHENAE
PRIMARII LEGVM ANTECESSORIS EMERITI
IN
HERMOGENIANI JC^{II}
JVRIS EPITOMARVM
LIBROS VI
COMMENTARIVS.
TOMVS I.
CONTINENS PRIORES DUOS LIBROS
CVM DUPLO IN DICE, ALTERO LEGVM
illustrarum, altero Rerum & Veterorum.
SUPERIORUM PERMISSV.
CERVARIÆ Legitorum : Typis Academicis, apud
ANTONIAM IBARRA vicham. Anno M.DCC.LV.

Portada d'un dels sis volums dels Comentaris a l'obra *Iuris epitomae* d'Hermogenià, escrits per Finestres (Museu Comarcal Duran i Sanpere de Cervera, la Segarra).